

ANTONIO HUERTAS MORALES, *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2015, 231 págs.

El estudio de una tendencia o corriente literaria es, quizás, uno de los trabajos más complejos a los que un filólogo puede enfrentarse: a las habituales labores de revisión bibliográfica, elección del criterio de abordaje, lectura y sucesivo examen literario, se añade la no poco ardua tarea de exploración del universo literario, en aras de configurar un corpus de obras lo suficientemente nutrido como para documentar dicho fenómeno. La misión se complica un poco más si se tienen en cuenta ciertas paradojas de nuestro tiempo, como el hecho de que, pese a su evidente retroceso frente a la cultura audiovisual, la cultura tipográfica se encuentre hoy en un momento álgido, climático (Rodríguez de la Flor, 1997: 25). La “esquizofrenia” del mercado editorial contemporáneo no viene sino a dificultar el cometido del investigador.

Desde este planteamiento, no cabe sino reconocer el valor y empeño mostrado por el doctor Antonio Huertas Morales al acometer una investigación como la recogida en *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)*, donde se escrutan los pormenores de la eclosión del Medievo como motivo ficcional en la última narrativa española; un fenómeno literario de considerable trascendencia que, si bien había sido advertido por la crítica desde hace tiempo (Gómez Redondo, 1990; Díaz Revenga, 1993; entre otros), adolecía de un estudio profundo y sistemático como este, que ofreciese una visión panorámica acerca de la novela española contemporánea de tema medieval.

Organizado en cinco capítulos, el estudio propone al lector un recorrido que va desde aspectos generales, en su mayoría extraliterarios, hasta cuestiones más específicas (como los motivos temáticos más recurrentes de esta redención literaria del Medievo) y cuyas principales aportaciones radican en a) la presentación de un completo y exhaustivo índice de novelas que, publicadas en nuestro país entre el año 1990 y el año 2012, deben sus argumentos, o parte de ellos, al Medievo; y b) la propuesta de una tipología útil, no solo “para encuadrar esta amalgama continua de títulos” (14), sino también para

ser extrapolada y utilizada en el estudio de la ficción histórica contemporánea, género en el que se inscribe la novela de tema medieval y que goza de extraordinario éxito en la actualidad.

En una breve “Introducción” (17-24) el autor presenta y describe someramente su objeto de estudio, advirtiendo que esta tendencia no es exclusiva de las letras españolas contemporáneas: por un lado, se percibe un “neomedievalismo” de igual calado fuera de nuestras fronteras y, por otro lado, no es difícil identificar su antecedente en la ficción histórica del Romanticismo. Tampoco se limita a los márgenes de la literatura. Muy al contrario, se trata de “un fenómeno interdisciplinar y transcultural” (18), presente en manifestaciones culturales tan heterogéneas como el cine, el cómic, la televisión o los videojuegos; formatos que ponen de manifiesto la naturaleza popular de esta tendencia. Mención aparte habría merecido, a mi entender, el caso de la música y el llamativo maridaje formado por Edad Media y *Heavy metal* (Boix Jomaní, 2015).

En este epígrafe inaugural el autor ya señalaba una serie de factores que, “tras el telón”, podrían haber causado el florecimiento de la narrativa histórica, pero será en el capítulo II (25-50) donde el autor desarrollará sus hipótesis con detalle. El investigador insiste aquí en un conjunto de elementos de carácter socioeconómico que, sin duda alguna, determinaron este renovado gusto por el pasado, explicando que, superada la censura franquista, la industria editorial española recobró su ímpetu para cubrir las necesidades de una sociedad que ansiaba recuperar su “memoria histórica”. A esta singular avidez del público español de los años setenta y ochenta Huertas Morales agrega el abrumador éxito cosechado por títulos internacionales de ficción histórica; *Il nome della rosa* (1980) de Umberto Eco, entre ellos. Audaces, porque “la inocencia no basta frente a los mercaderes” (207), y repitiendo incansablemente fórmulas literarias que alcanzaron ventas masivas, las editoriales españolas consiguieron “convertir la literatura en un negocio rentable” (39).

Súmese a esta instrumentalización de la literatura, transformada en activo económico, la función didáctica que, si bien siempre se la ha concedido al género histórico, hoy más que nunca se presenta como atributo manifiesto de estas novelas; tanto como para que muchas de ellas, puntualiza el autor, parezcan auténticos libros de texto. Aquí está, según veo, lo que en su día, Gómez Redondo llamó “divulgación erudita” posmoderna (2006: 321); versión mercantilista, a mi entender, del *Docere et Delectare* horaciano que, veladamente, parece

querer combatir una cultura lectora cada vez más infortunada. “*Historia, magistra vitae est*” y su suficiencia ilustrativa sigue siendo la razón que invita a los narradores contemporáneos a escribir sobre sociedades pretéritas (29).

A su vez, esta función “magistral” de la historia se acentúa si se toman en consideración los paralelismos que se establecen entre el presente y la época medieval. En mi opinión, todas las hipótesis descritas acerca de un correlato entre Medioevo y presente habrían quedado fehacientemente corroboradas con la mención de una longeva corriente de pensamiento que, avalada por nombres como Nicolas Berdiaeff (1924), Roberto Vacca (1971), Umberto Eco (1972), Javier Alvarado (1980) o Alain Minc (1993), postula el advenimiento de una “nueva Edad Media” para nuestros días.

El autor destaca también el papel jugado por los sentimientos nacionalistas, pues, como la decimonónica, la novela histórica contemporánea es “eminente nacional” (45). Esta realidad es todavía más palpable en el caso de novelas de corte autonómico, donde sobresalen el tema asturiano, el andaluz y el catalán.

En este punto, echo de menos un mayor detenimiento en las razones e implicaciones de este resurgir nacionalista, perceptible no solo en las letras sino en multitud de manifestaciones culturales; un movimiento que se origina como reacción lógica a la globalización y la “cocacolonización de la cultura” (Urry, 1999: 316), para defender “lo local”, “lo propio”. ¿Por qué celebrar las hazañas del Capitán América teniendo un héroe tan valeroso y terruño como el Cid? Y si se trata de ponderar determinados elementos de nuestra cultura frente a la ajena, nada mejor que volver la mirada hacia la época medieval, considerada por muchos “la infancia de Europa” (Sergi, 2001: 61).

El autor no olvida mencionar un hecho de suma importancia: la capacidad omnívora de la novela histórica. Acorde con las directrices del paradigma estético posmoderno, caracterizado por la hibridación y el mestizaje o, lo que es lo mismo, el *pastiche* (Jameson, 1995: 43), ningún formato más oportuno que el de la ficción histórica: “gargantúa que todo lo traga” (48), soporte narrativo capaz de contener, a su vez, diversos géneros. Esta misma propiedad es atribuida por Huertas Morales a la compleja imagen de la “Edad Media”, que suministra a los escritores una cantidad inagotable de motivos temáticos y garantiza, así, su presencia en la narrativa española de los próximos años (182 y 210, respectivamente).

Ya en el capítulo III el investigador analiza las características estructurales y temáticas más notables de la novela de tema medieval, mientras dos apartados preliminares completan la sección. En el primero de ellos se configura una “improbable historia de la literatura medieval” (51-70) en la novela española, para comentar algunos de los jalones más importantes de esta cronología que se extiende desde los años setenta hasta la eclosión de los noventa. En el segundo, se dedica un espacio a esos novelistas que tienen “por oficio escribir la historia” medieval (71-78), donde destacan las mujeres, como verdaderas expertas; los autores noveles, atraídos por la popularidad de la fórmula; los medievalistas, sean filólogos o historiadores; y especialistas de toda índole que aprovechan la situación para divulgar sus conocimientos de manera ventajosa.

El análisis de la novela medieval propiamente dicho se divide en función de dos pautas de observación diferentes. La primera parte se basa en un acercamiento de tipo genérico; esto es, un examen de la novela de tema medieval en tanto que ejemplo de ficción histórica contemporánea, que al mismo tiempo servirá para establecer una tipología válida para su clasificación.

A diferencia de la tipología propuesta en su día por Celia Fernández Prieto (1998), que distinguía entre novela histórica decimonónica y novela histórica posmoderna, o de la clasificación basada en modelos textuales de Fernando Gómez Redondo (2006), Huertas Morales presenta aquí una tipología basada en un criterio tan acertado como lógico: el grado de relación entre historia y ficción. Así, de mayor a menor predominio de la realidad sobre la fábula, Huertas Morales distingue entre (81-118): a) Historia novelada, b) Autobiografía novelada, c) Novela de personaje, d) Novela histórica coral, e) Novela histórica tradicional, f) Novela de reconstrucción histórica (medieval), g) Novela histórica fantástica, h) Novela mítico literaria, i) Novela de indagación histórica.

La segunda parte de este análisis (118-175) está dirigida a la observación del Medievo como tema ficcional, para subrayar los ejes argumentales más repetidos de esta eclosión medievalista. Según el profesor Huertas Morales, son esencialmente dos: el mundo bélico-caballeresco y el mundo que él tipifica como “religioso sobrenatural”; retratos literarios del Medievo esperables, por otra parte, si se tienen en cuenta ciertos tópicos reiterados de manera miope durante siglos y que han generado una imagen maniquea del mundo feudal europeo.

Existe, sin embargo, un motivo medieval en particular que, aunando lo bélico-caballeresco con lo religioso-sobrenatural, lidera de manera preclara el conjunto de títulos recogidos en el índice: la Orden del Temple. Las páginas que se suceden (126-175) ofrecen una completa revisión acerca de los caballeros del Temple, bien como asunto histórico, real, bien como motivo ficcional de larga tradición. En primera instancia, se repasan las características que convirtieron a los templarios en contenido novelístico allá por el siglo XIX y, a modo de resumen del trabajo de Peter Partner (1987), se revisan los diferentes tratamientos que han recibido a lo largo de la historia y de la geografía europeas. El autor presta especial atención a las teorías expuestas por Baigent, Leight y Lincoln en su trabajo *The Holy blood and the Holy Grail*, publicado en 1982; teorías que más tarde parafrasearía Dan Brown en el *bestseller* mundial *The Da Vinci Code* (2003), influyendo, sin duda, en este resurgir literario de la Orden del Temple. Finalmente, se enumeran los hechos, eventos y periodos templarios más explotados en la novela contemporánea, tales como la relación entre la Orden del Temple y el Santo Grial o los tesoros secretos de la Orden.

Considero digna de resaltar la lúcida interpretación acerca de este renacer templario que Huertas Morales va exponiendo a lo largo de este apartado. La primera clave reside en la capacidad metonímica del caballero templario, ya que, conjugándose en él religión y guerra, representa perfectamente la estampa del Medievo que todavía pervive en el imaginario colectivo. La segunda tiene que ver con el hecho de que la Orden del Temple, debido a su talante subversivo y heterodoxo, forme parte de esa historia “otra”, no oficial y alternativa, tan del gusto del público posmoderno y tan generosa para la ficción contemporánea.

Las “cifras” del estudio se muestran en el Capítulo IV (177-204), donde el investigador incluye el catálogo bibliográfico de novelas de tema medieval. Pese a estar circunscrito a casos de la producción española escrita en castellano entre los años 1990 y 2012, el corpus recogido supera los 500 títulos y revela información complementaria acerca del fenómeno, como, por ejemplo, la proliferación de editoriales, colecciones y premios especializados, así como la promoción reiterada de novelas “históricas” que en nada lo son.

En las Conclusiones de su estudio (205-221), tras recopilar ortodoxamente lo expuesto, el profesor Huertas Morales incluye una

serie de atractivas reflexiones. Además de preguntarse si esta novela es la digna heredera del relato de caballerías medieval, cuestiona la escasa innovación que presenta esta narrativa con respecto al molde genérico decimonónico. Ciertamente es que la novela española de tema medieval presenta una serie de rasgos propios de la narrativa posmoderna: “pluralidad” en la representación del Medioevo e “impureza” documental para su reconstrucción, “otredad” de los nuevos héroes y “variedad” en el rostro de los ya conocidos, hibridismos cronológicos y mestizaje genérico. Sin embargo, el autor afirma que esta novela está muy alejada todavía de la llamada “nueva novela histórica” (Menton, 1993), que sí germinó en Hispanoamérica.

Quizás el *quid* de esta cuestión, que en principio puede resultar extraña para el lector, se encuentre en que “más que de una eclosión de la novela histórica se debe hablar (...) de una eclosión de la Edad Media en la narrativa, aunque no sea estrictamente de corte histórico” (209); una observación que juzgo clave y poco ponderada en la lectura. Y es por ello que, tomando la obra en su conjunto, sorprende la ausencia de un capítulo dedicado en exclusiva a indagar en el porqué de esta resurrección medieval en la literatura contemporánea, recogiendo de manera sistemática las aclaraciones intermitentes que al respecto efectúa el autor.

Sea como fuere, la lectura de *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)* cumple sus promesas y, a pesar de cierto desorden en la exposición (forzoso, si se repara en el objeto de estudio en sí), brinda una panorámica más que nítida acerca de la novela española de tema medieval. Con esta investigación de naturaleza inaugural, que plantea en firme la existencia de una impronta medieval en nuestras letras y que deja abiertos algunos interrogantes, el profesor Antonio Huertas Morales promueve una línea de trabajo novedosa y de sumo interés para la comunidad investigadora, lo que hará de este texto una referencia de consulta obligada. Por eso cabe estimar de manera especial el riesgo asumido por este investigador al proponer, en un contexto literario marcado por la hibridación, donde cualquier intento taxonómico suele acabar frustrado, una tipología válida (y demandada) para el estudio de la ficción histórica contemporánea.

RAQUEL CRESPO-VILA
Universidad de Salamanca